

OÍDO INTERNO



José Kozer (La Habana, Cuba, 1940). Es hijo de padres judíos, emigrados a Cuba, el padre de Polonia, la madre de Checoslovaquia. Vive en USA desde 1960. Enseñó español y literatura en lengua castellana en Queens College, CUNY, de 1965 a 1997. Reside en Hallandale, Florida. Su obra ha sido traducida parcialmente a diversos idiomas, se ha publicado en numerosas revistas y periódicos, a la vez que ha sido estudiada en varias tesinas y tesis doctorales. Entre sus últimos libros se encuentran *Bajo este cien* (dos ediciones, en México y Barcelona), *Carece de causa* (dos ediciones, Buenos Aires), *Ánima* (México), *No buscan reflejarse* (La Habana), *Farándula* (México), *Tokonoma* (Madrid), *Índole* (Matanzas, Cuba), *De rerum natura* (Sao Paulo, Brasil) y dos libros en prosa, *Mezcla para dos tiempos* y *Una huella destartalada* (México, Editorial Aldus). Visor editores de Madrid publicó recientemente una amplia antología de su obra titulada *Y del esparto la invariabilidad*; Monte Ávila Editores de Caracas publicó otra antología, *Trasvasando*. Es autor de 75 libros de poesía. *Ánima* ha sido publicado en Inglaterra en edición bilingüe (español/inglés) que tradujo el poeta australiano Peter Boyle, quien tradujo asimismo su libro *Tokonoma* publicado en español en Amargord de Madrid, y que apareció en Shearsman en edición bilingüe y en una segunda edición sólo en traducción al inglés. Recibió el Premio de Poesía Pablo Neruda del 2013. Fondo de Cultura Económica publicó una retrospectiva de su obra titulada *Acta Est Fabula* a finales del 2013, y Lumme editorial (Sao Paulo) publicará su poesía completa en 2017.

José Kozer

OÍDO INTERNO



INTROITO

ODA

Amaranta
Freya
existe:

en las inmediaciones de La Habana, hacia

Bejucal: come una vez al
día ensalada de pétalos
(flores azules de jardín)
(ejemplo: la espuela de
caballero) le sigue un
trozo (cacho, dice
Amaranta Freya) de
calabaza, hay que
verla hacerlo puré,
tridente en mano:
el tridente, y no miento,
que acompañó más de
un siglo (época de
Pericles) a Poseidón.
Duerme

siesta
cuarenta
y

cinco minutos sumida entre mogotes, cujes

donde en vez de hojas
de tabaco ponen a secar
ramilletes de azahar para
las novias de costumbres
morigeradas, parecen
surgir de poemas de
Tablada, Baquero, del
Curazao de Pellicer.
Amaranta

Freya
no
sólo

existe sino que es acto inmanente, argumento
ontológico que demuestra,
a todas luces, cómo del
soplo vital del Altísimo
encarnó una diosa de
doce brazos, el unicornio,
el ave Roc, y un pájaro
iraní que a diario baja de
un sitio de témpanos de
hielo, llega a La Habana,
se disfraza de totí, se
contonea, planea en
aires demasiado livianos
para su costumbre: y se
va a pernoctar en unas
alamedas venidas a
menos en el Paseo del
Prado.

Añádase que Amaranta sueña durante la
siesta con versos de
Apollinaire. Éste: «El
ahorcado la bella
máscara y el hombre
sediento». Imposible

saber si este verso
es un aporte al acervo
de la poesía procedente
de Apollinaire o de
Amaranta Freya.

Siglo
XXI,
siglo

de calamidades: todo no obstante va a estar
bien siempre y cuando
Amaranta regrese una
vez al año, hacia el
solsticio de invierno,
a las inmediaciones
de La Habana, hacia
Guanajay: y donde el
día declina, tridente
de acero inoxidable
en mano, desentierre,
disfrazada de Ceres,
las calabazas ora
azules ora rojas (una
que otra blanca)

del
almuerzo.

OFERTORIO

ÁLBUM DE FAMILIA

Aguardo.

Y la hornacina, vacía.

Está el tintero, un memorial (una fruta)
sábanas

y el cuchillito

de mondar y la hornacina: ya pasó el segador
(el cerrajero) pasó

la yegua

del aguador (la esponja y el vinagre) con
las botijas: pasó
(un agravante) el
carpintero. Dieron

las dos

en el reloj de péndola en la alcoba (trece)
aldabonazos

míticos

por mamá y sus pasticas (mamá) y un ruego
(no ensucien)

ni las cornisas

ni el mantel (por papá) son trece
aldabonazos también
(un ruego) quise haber
visto España o por lo
menos

Segovia. Pasaron

los bramidos en la alcoba toda de blanco y
(de blanco) algún
resuello

gramatical

entre mamá y papá en la alcoba: los trece
aldabonazos del reloj
de mesa y el salero
que la Emperatriz
viró

con el mango

de la sombrilla (cribas) el Emperador dejó
sobre la mesa del
comedor el filo
de una hoja
irreprimible, una
brazada

de centeno

sobre un mantel de lino: recogieron la mesa y
se recogieron a sus
dos habitaciones

mis padres

a murmurar (mamá) de anillos (papá) por
separado a refunfuñar
sobre saldos y una
quimera de frutales

y traspatios: se desvaneció

como una elipse en la coqueta el chal de mamá y
como una fusta esa
mañana la navaja
vertical de papá en
el botiquín. Y se
vacío

la casa

por mi mujer y mi hija y por mi mujer y mi hija
(tramo) industrioso

de la mano

al bolsillo como papá y de la mano al ¡ay! el
pecho como mamá
(bogo)

y aguardo

a que me abran la puerta cóncava y vea la mano
en alto que vertía aguas y
nos escanciaba el unguento
y el zumo

mineral

de las naranjas desde un vaso en alto (caer) unas
briznas de heno por papá
sobre el mantel y por

mamá la laboriosa tetera
irremediable sobre el
mantel, un pájaro

de aguas

en mis manos al cruzar el umbral (unas corolas)
(unos botones de hueso)
a cada cual

un nimbo.

BALNEARIO LA CONCHA, 1954

Era domingo, cuatro decisiones.

Mi madre nos nutría de linfa, hidromieles: se
asomaba papá de veguero
y visera, mangas

cortas. Yo

proponía ir más allá de los cuatro tazones de
café con leche, hablaba
de otras ciudades con
muros sembrados

de logaritmos

y espirales al almuecín, yo me iba: y mi padre
proponía el color
esmeralda de las
playas, mamá
temblaba. A
sus anchas

temblaba

cuando nos íbamos los dos de casa, padre y
varón veteados en un

revuelo de naftas y
aceleraciones, dos

fotutazos

de albricia descarada por el amanecer y el
domingo, las mujeres en
casa: nos desnudábamos
de pelo

en pecho

al llegar a las casetas y mientras digeríamos
al sol el desayuno mi
padre recapacitaba
acerca del árbol

lila

y los caramelos que robó de niño, su guante
blanco de artillero
polaco y el caftán
orlado de arabescos
policromos

para

días festivos, el raído caftán de peregrinaciones:
nadábamos un poco
hablábamos otro
pedazo de aquellos
profetas interiores
que escogían a un
niño, lo enseñaban

a narrar

y el niño aprendía de golpe, nunca jamás
desfallecía. Nadaba

mi padre

como un perro lacio de aguas y lo vi sonrojarse
cuando habló de una
amiga villaclareña,
tembló

y hablamos

en seguida de su sombrero de nutria y el
carromato ígneo
de la guerra: nada

nos detenía ya

y compartimos una mano de mamoncillos bajo
la sombra de una yagua,
llamábamos

al tamalero

por su nombre y pensamos en casa, traeríamos
a dos manos el maní
en los cucuruchos:
llegaríamos, dos
ráfagas

de sal

a casa mi madre me dio un beso que yo di a mi
padre cuando besó a
mi hermana, besamos

el pan

de flauta a la mesa y hundimos las manos en
los bolsillos un momento
para hacer silencio y dos
genuflexiones, comprobar
un momento que éramos
cuatro: el Maestro

y la noria

con el Vidente y la noria que no abriría en el
suelo aún contra nosotros
cuatro un espacio, nos
quedan suelo y brisa
parsimonia y arena
en la boca cuajada
de canela, gófios y
espléndidas natillas
en los cuatro

cuencos.

HE VENIDO A LLAMAR TRECE HOMBRES

He venido a llamar trece hombres para que vengan
a enterrar a mi abuelo.

Vaya, que le pongan a mi abuelo el batilongo del
esplendor de los judíos.

Sí, que lo carguen en cenizas, a este cordero
lechoso, que se desgrana
su carne blanca en las
urnas.

Y todos los judíos de Ostrava, de Zvolen, de
Ternava y de Bratislava

vengan a Praga a ver cómo lamentan los
ancianos la expulsión,

saquen las cajas de cuero cuadrado y amárrenle
los brazos para que
peregrine por los
abecedarios del
Deuteronomio,

para que abuelo peregrine con sus grandes cajas
de habas entre los
hombres de negocios.

MEMORIAS SUPERPUESTAS A LA MUERTE DE MI ABUELO

El cuarto, facultativos (guantes blancos) olor a
hule, cauterios.

Entraban y salían reyes.

Un almacenamiento de castillos, relojes.

Doce guijarros.

Por cada piedra una inscripción: piedras de
derecha a izquierda.

Murió.

Y dada la enormidad de una lámpara de aceite,
tronos y mechas
(ha muerto).

Muerto

en la boca de una plegaria y cuatro matronas.

De la adelfa al sollozo.

Y de la hormiga a unas medias de seda
blanca, recogidas.

Once mujeres: el muerto

alcanzó la ligereza (once taburetes).

En contricción, a orillas de una laguna, el gamo.

Cauces.

Lavaron las legañas del muerto, hisopos y aguas
boricadas: cuatro gotas
de lacre.

INVIOLABILIDAD DE ABUELO

A veces

llueve los martes, hay paraguas desvarillados en
la copa de los árboles:
reaparecen

los facultativos

con sus maletines y en lo que denominábamos
el seno de la familia
(reaparecen) el reo
de las enfermeras

y sobre el velador

con la portezuela entreabierta que despide un
olor a cuero regastado
de zapatos, dos

cajas

de diez ampollas cada una, el líquido amarillo
(espeso) (inyectable) un
analgésico y poderoso
estupefaciente: ya

duerme (velan)

y el moribundo sigue muriendo hace dos años
(reaparecen) la bacía y
el barbero, espumas y
una corola que rompe,
flores

blancas: su orondo

culo amoratado de pinchazos (reaparece) una
vez más le bajarán el
pantalón del pijama,
sobornar

la muerte. Muera,

muera (fuera) y ya (ya basta) de costurones y
deje las escayolas en
cabestrillo sobre la
cama, a un lado

y fuera

ya las cuatro gallináceas (mis tías) gimoteando
en alza y alabanza (Adonai)
generacional por abuelo,
inerte: arriba, mis

mujeres (saquen)

del ropero las pantuflas y a oprimir los suelos
desnivelados de casa,
opriman

la labor

en los costureros y hagan del círculo un círculo
(siete) veces un círculo
(abuelo) su halo, ronda:
salve, peral

de peras

mosquerolas (pera) en almíbar (huerta) de brotes
desordenados de balsamina,
las cebollas

liliáceas

crezcan sobre tus hombros (trepe) la avena (calme)
tu afán azul de escalón
y vericuetos

al lúpulo

tranquilizador y los juncos que dejan paso a la
gabarra a las fragatas al
vapor, al naviero y al
estibador (al limpiabotas)

a tus pies

las mercancías: no se merque más esplendor de
chícharos y de esturiones
(habas) en su esplendor,
aguas

atlánticas

en esta casa: el sudario en su sitio, las palas y el
azadón contra el muro

en su sitio

y (llueva) sin rechistar que es martes (llueva) y bajen
la persiana corrediza
de metal (seis veces)
cierren por luto una
semana (hasta luego)

por luto.

DESOLACIÓN DE REBB LEIZER

Pues fue su tierra duramente la aldea Chejonov.

Rebb Leizer chancleteó por los hornos de
carbón con la cabeza
rapada.

Rebb Leizer almacenó insaciables toneladas
de papas en los túneles
de una casa.

Pequeñito palpaba la sal de la atrición con la
punta de los dedos.

Y con la punta de los dedos alzaba pequeñito
la exhalación de los
salmos.

Su voz ardía entre los cráteres rojos de una
cronología.

Goteaba la yema del dedo índice un vino
espeso.

Rebb Leizer distribuía entre sus hijos la
tentación del oro.

Evadía con su bastón intransigente la
redondez agreste de
los panes.

Y acodado a los suplicios de un mostrador
desconocía el sobresalto de los peces, la
brumosa indecisión
de un puerto.

Sus siete hijos perecieron
entre los ancestrales engranajes de la guerra:
y Rebb Leizer afirmando el muñón de los
sufrimientos.

Y Rebb Leizer anotando paradigmas en
un libro sagrado.

EVOCACIÓN DE ABUELA EN CASA

Abuela, tu orina fermentada de yegua, los gajitos
de enebro para endulzar
las ascuas

en la cocina a carbón. Hueles

fuertemente a humaredas a berberechos a la
pescadilla blanca en
su fuente

y amasas

pastaflores, sales de olor tus jaquecas, tules de
novia en descomposición
cuando te apoyas a tu
sombra desordenada
contra un abedul

y amas el rodillo

el delantal a dos tonos con bolsillos profundos y
te sostiene un aroma a
azucena que destilas a
dos manos y recoges
como cesta de hojaldres
y pan ácimo

un domingo

de grandes cucharones y soperas: entró el céfiro
y se abre tu garganta a una
voz en los bodegones, eras

la nuez dichosa

que brotara como sucesión de David, nos regalaste
la insípida opereta de tus
muertos ¿recuerdas? la
pátina floreada de las
pañoletas con que
cubrías tu cabeza
rapada

y a hurtadillas

al atardecer la Pascua nos entregaste la forma del
arenque en sus cremas,
alburas de una sopa de
acelgas y tu hado

nos embriagó

con su olor a frambuesas y fue tu púlpito para nosotros
tu horno con su flan nuevo
que olió a glorietas y nos
agasajabas, vieja

figura de Israel en su cítara.

MI PADRE, QUE ESTÁ VIVO TODAVÍA

Mi padre, que está vivo todavía,
no lo veo, y sé que se ha achicado,
tiene una familia de hermanos calcinados
en Polonia,
nunca los vio, se enteró de la muerte de su
madre por telegrama,
no heredó de su padre ni siquiera un botón,
que sé yo si heredó su carácter.

Mi padre, que fue sastre y comunista,
mi padre que no hablaba y se sentó a la
terrazza,
a no creer en Dios,
a no querer más nada con los hombres,
huraño contra Hitler, huraño contra Stalin,
mi padre que una vez al año empinaba una
copa de whisky,

mi padre sentado en el manzano de un
vecino comiéndole
las frutas,

el día que entraron los rojos a su pueblo,

y pusieron a mi abuelo a danzar como a un
oso el día sábado,

y le hacían prender un cigarrillo y fumárselo
en un día sábado,

y mi padre se fue de la aldea para siempre,

se fue refunfuñando para siempre contra la
revolución de octubre,

recalcando para siempre que Trotsky era un
iluso y Beria un criminal,

abominando de los libros se sentó chiquitico
en la terraza,

y me decía que los sueños del hombre no son
más que una falsa
literatura,

que los libros de historia mienten porque el
papel lo aguanta todo.

Mi padre que era sastre y comunista.

TE ACUERDAS, SYLVIA

Te acuerdas, Sylvia, cómo trabajaban las mujeres
en casa.

Parecía que papá no hacía nada.

Llevaba las manos a la espalda inclinándose como
un rabino fumando una
cachimba corta de abedul,
las volutas de humo le
daban un aire misterioso,

comienzo a sospechar que papá tendría algo de
asiático.

Quizás fuera un señor de Besarabia que redimió
a sus siervos en épocas
del Zar,

o quizás acostumbrara a reposar en los campos de
avena y somnoliento a
la hora de la criba se
sentara encorvado
bondadosamente en
un sitio húmedo entre
los helechos con su
antigua casaca algo
deshilachada.

Es probable que quedara absorto al descubrir en la
estepa una manzana.

Nada sabía del mar.

Seguro se afanaba con la imagen de la espuma y
confundía las anémonas
y el cielo.

Creo que la llorosa muchedumbre de las hojas de
los eucaliptos lo asustaba.

Figúrate qué sintió cuando Rosa Luxemburgo se
presentó con un opúsculo
entre las manos ante los
jueces del Zar.

Tendría que emigrar pobre papá de Odesa a Viena,
Roma, Estambul, Quebec,
Ottawa, Nueva York.

Llegaría a La Habana como un documento y cinco
pasaportes, me lo imagino
algo maltrecho del viaje.

Recuerdas, Sylvia, cuando papá llegaba de los almacenes
de la calle Muralla y todas
las mujeres de la casa Uds.
se alborotaban.

Juro que entraba por la puerta de la sala, zapatos de dos
tonos, el traje azul a rayas,
la corbata de óvalos finita

y parecía que papá no hacía nunca nada.

GRAMÁTICA DE PAPÁ

Había que ver a este emigrante balbucir verbos
de yidish a español,

había que verlo entre esquelas y planas y
bolcheviques historias
naufragar frente a
sus hijos,

su bochorno en la calle se parapetaba tras el
dialecto de los gallegos,
la mercancía de los
catalanes,

se desplomaba contundente entre los andrajos de
sus dislocadas conjugaciones,

decía va por voy, ponga por pongo, se zumbaba
las preposiciones,

y pronunciaba *foi, jovies* decía y la calle resbalaba,

suerte funesta déspota la burla se despilfarra por
las esquinas,

y era que el emigrante se enredaba con los verbos,

descargaba furibunda acumulación de escollos en
la penuria de los
trabalenguas,

hijos poetas producía arrinconado en los entrepaños
del número y desencanto
de las negociaciones,

y ahora sus hijos lo dejaban como un miércoles
muerto de ceniza,

sus hijos se marchaban hilvanando castellanos,

ligerísimo sus hijos redactando una sintaxis
purísima,

padres a hijos dilatando la suprema exaltación de
las palabras,

húmedo el emigrante se encogía entre los últimos
desperfectos de su
vocabulario rojo,

último padecía para siempre impedido entre las
lágrimas del Niemen,
fin de Polonia.

1953

Pidió el traje de gala
y dijo que se iría a orillas del Dniéper
a brindar por Trotski
y alzarles el refajo a las floristas
pues a ver quién le impide tomar un vaso de
licor frambuesa
con Alejandra Kolontay
y sentarse como un **naródnik** viejo
a hablar en yiddish
rebanando un pan de trigo iba a tomar un
jarro de cerveza Pilsen
y a ver que se abran los manteles
para escarmiento
de aquel oso cabizbajo que temió a las
cigüeñas

y al agua de azahar: y rió
gritando estrepitosamente qué fechas hijos
ha muerto el camarada Stalin
y están desmantelando la sonaja de las
condecoraciones
que llegó la hora
de comer un bocado de arenque vinagreta
con cebollas
y a eructar quienquiera
desde abajo
en medio de la Plaza Roja
que ahí vuelve Lenin a girar en los balcones
del Kremlin
distribuyendo
la gracia de los esturiones
y la riqueza del Vístula y los trenes
a Kamchatka. Y casi comprendimos
cuando tronó diciendo
que nunca más Rapallo ni la Repartición de
Polonia
ni Beria en la metáfora
de los mariscales.

TAMBOR POR LA MUERTE DE STALIN

Atónitos

constatamos que hasta donde alcanza la mirada
en aquella estepa la avena
que aquel verano crecía
colosal

de pronto

cobró una coloración a hullas como sin un ángel
en su ancianidad respirara
una vez última y resudara

hollín

la pulsación de sus vihuelas: acudimos, cargados
de segur y alfanje,
las armas blancas
y los numerosos
instrumentos
cortantes de la
comunidad. Y
al acercarnos

para la siega

supuró la avena brotes blancos, una fulguración
como del ángel que
una vez más rozara
en su floración

la estepa. Y nadie

se atrevió a blandir ni piedra de amolar ni hoz en
la degollina que precedió
aquel último mes de
marzo, año de 1953:
nada, en verdad,
modificaría

la voz

que es calco de duplicidad al alabar los guarismos
de la alimentación ni
modificaría aquel
ansia de fanegas
distributivas,
azúcares

blanquilla

y gotas de limón entre las manos sin sanción de
la muchacha núbil,
los hilos cande

colgar

de los balcones, ufana alharaquilla del Niñito
Jesús: de icono y de
incendiado dibujo los
exvotos contra el
Viracocha lacera el
Perjuro padrecito y
el Sinecura hostigo

que a todos

hubo con dedos de solano. Murió, en marzo por
fin, por fin 1953 y en
la costura intenta su
solivio Ana Ajmatova,
florezilla

que ampare

a Osip Mandelstam en su solivio muertísimo de
entre unas sacas vacías,
vacíos yutes su boca
llena

de alforfón.

ÍNDICE

Introito	9
Oda	11
Ofertorio	15
Álbum de familia	17
Balneario La Concha, 1954	21
He venido a llamar trece hombres	25
Memorias superpuestas a la muerte de mi abuelo	26
Inviolabilidad de abuelo	28
Desolación de Rebb Leizer	31
Evocación de abuela en casa	33
Mi padre, que está vivo todavía	35
Te acuerdas, Sylvia	37
Gramática de papá	39
1953	41
Tambor por la muerte de Stalin	43
Éste es el libro de los salmos que hizo danzar a mi madre	46
Gramática de mamá	48
Retrato (en sus quehaceres) de mamá	50
In memoriam FK	52
Matrimonial	55
Lupe cantando en la cocina	58
Apego de lo nosotros	59
Encuentro en Cho-Fu-Sa	63
Nupcial	68
Pareja inmortal	72
Noción de José Kozer	75
Comunión	77
Presentación de la niña Mía Kozer en la mirada de su padre	79
Susana entre unos lápices	80

Interludio	81
Wo	83
Chanoyú	84
Concentración de go toba	88
Concentración de wang wei	93
Satori	96
Exeunt	99
Monodio para Mozart	101
Monodio para Coleridge	104
Pareja inmortal («El mundo, al menos»)	107
Pareja inmortal («Comí amaranto»)	110
Pareja inmortal («Si la lluvia formara parte»)	114
Pareja inmortal («Atorado de Amor»)	117
La garza rezagada	120
Principio de realidad («Anular el materialismo»)	124
Principio de realidad («Tallos muertos»)	127
Principio de realidad («En un cuadro de sol»)	131
Principio de realidad («Descabezo con el bastón»)	136
Principio de realidad («Los calcetines por colores»)	139
Principio de realidad («Despunta la mañanas»)	142
Principio de realidad («Sigo el curso del río Ouse»)	147
Principio de realidad («En otro lugar»)	150
Lección de tinieblas («El río no vierte palabras»)	153
Lección de tinieblas («Sostén del Espíritu Santo»)	155
Lección de tinieblas («Los mil guerreros»)	157
Lección de tinieblas («Y/grita/cavilad»)	159
Lección de tinieblas («Sólo/en/aquella/ocasión»)	162
Lección de tinieblas («Primero, el crisantemo»)	165
Lección de tinieblas («Una camisa de estopa»)	167
Lección de tinieblas («El manzano florido»)	170
Lección de tinieblas («Le queda una gota de miel»)	173
Lección de tinieblas («Días más días menos»)	176
Lección de tinieblas («Polvo astral»)	178
Juicio final («Un cuervo crascita»)	180
Juicio final («En el platillo derecho»)	182
Juicio final («Nadie, sino él»)	184